

Martes VI de Pascua



7 de mayo de 2024

Hech 16, 22-34

Sal 137

Jn 16, 5-11

P. Eduardo Suanzes, msp

En la Primera Lectura se nos cuenta un episodio de este segundo viaje de Pablo; estamos en la ciudad de Filipos, al norte de Grecia. Pablo y Silas han sido acusados interesadamente por unos señores romanos ante las autoridades, amotinando así mismo a parte de la ciudad, de predicar costumbres contrarias a la cultura romana, alborotando a la gente.

Con no menos violencia ilegal¹, por ser, según ellos una amenaza contra el orden civil, proceden los magistrados cediendo al motín popular y, sin interrogatorio ni proceso, les infligen una pena dolorosa e infamante. Tras lo cual lo meten esa noche en la cárcel. En la mazmorra quedarían hasta la mañana siguiente².

En el relato hay muchas contradicciones que invitan a pensar que Lucas reelaboró el episodio a partir de algunas transmisiones orales de la tradición, seguramente referentes a la conversión de un carcelero por Pablo: el hecho de que la familia del carcelero estuviera en la misma cárcel; que se bautizaran ahí mismo; el hecho de que salieran de la misma “como Pedro por su casa”, sin oposición alguna; el paralelismo con aquel otro episodio de la liberación de Pedro de la cárcel por un ángel³; el hecho de que el relato no tenga la más mínima relación con el texto siguiente que continúa como si nada...son indicios que apuntan a una reelaboración edificante de Lucas.

Lucas nos hace ver, ante todo, la serenidad y gozo de los dos presos apaleados que transforman la cárcel en casa de oración (como los tres jóvenes el horno de Babilonia, de Daniel, 3). El terremoto es manifestación de la divinidad en acción (como en Ezequiel, 38). Se abren las puertas y quedan sin sus cadenas, aunque no salen de la mazmorra. El efecto más maravilloso es la conversión del carcelero, liberado por Pablo de su intento de suicidio: ***el preso del amor de Jesús, y encarcelado por amor a él, resulta ser el liberador.***

La primera reacción del carcelero es la del suicidio: será juzgado por las autoridades romanas como incompetente e irresponsable. Pero Pablo lo tranquiliza evitando que se quite la vida y es cuando Lucas pinta de una forma dramática la reacción del carcelero. Su reacción inicial es todavía de pagano ante el prodigio: «esos hombres (debió preguntarse) deben estar protegidos por algún dios, hay que respetarlos y escucharlos; quizá la divinidad me quiera comunicar por ellos un mensaje ¿Qué tengo que hacer para salvarme?». Después, escucha a Pablo, cree, y cura a los heridos; se bautiza con toda su casa, festeja con un banquete el acontecimiento. Para Lucas ***ése era el prodigio importante y permanente; ése era, más bien, el terremoto que liberaba a tantos prisioneros del paganismo.***

¹ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Nuevo Testamento. Edición de Estudio. Vol.III.* Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1997

² JOSEPH A. FITZMYER. *Los hechos de los apóstoles. Vol. II.* Ed. Sígueme. Salamanca 2003

³ Cfr. Hech. 12, 5-11

En el Evangelio⁴, a la tristeza de la despedida se suma el dolor ante el porvenir de persecuciones que acaba de anunciar Jesús a los suyos. Los discípulos siguen sin comprender la muerte como marcha al Padre; para ellos es el fin de todo. No piden explicaciones, que consideran superfluas, sino que se llenan de tristeza al pensar en la separación, que ellos interpretan como soledad definitiva. El mundo se presenta como un adversario formidable y, sin Jesús, se sienten indefensos⁵.

Con todo, hay motivo para alegrarse, o, por lo menos, para mitigar la pena, considerando el resultado de la marcha. Jesús tiene que ser glorificado antes de enviar el Espíritu; entonces lo enviará⁶.

Después, dice algo Jesús en dos versos que son difíciles de entender y muy debatidos en su significado: «*Cuando él venga [el Paráclito], establecerá la culpabilidad del mundo en materia de pecado, de justicia y de sentencia*». ¿Cómo hay que entender esto?

Para entender lo que nos quiere decir Juan por boca de Jesús hay que observar que el Señor está por ser sometido a juicio y condenado. Sin embargo, el Padre abrirá otro proceso, en instancia suprema, y empleará al Espíritu como abogado y fiscal, como conductor del proceso. En este nuevo juicio se invertirá el resultado. Con su testimonio y argumentación, el Espíritu Santo dejará convicto al mundo. En términos forenses, de una culpa, de una inocencia, de una condena. Los que condenaron son los culpables, el condenado es inocente, el sistema que lo condenó sale condenado. **La culpa** (el pecado) consiste en no haber creído a pesar de los signos. **La inocencia** se comprueba porque Jesús es acogido por Dios. «El mundo» o sistema, cuyo principio inspirador es «el Enemigo» encarna la solidaridad humana vaciada de amor y de vida; desata una fuerza destructora que trasciende a los individuos que la componen. El pecado consiste en integrarse en ese orden perverso, haciéndose solidario de su injusticia. Ese mundo no ha captado que en Jesús se ha realizado todo el proceso salvífico. **La sentencia**, la condena, del diablo se pronuncia en la muerte de Jesús y empieza a ejecutarse en los creyentes. La Pasión, tal como la contempla Juan, constituye la derrota de Satanás, que junto con Jesús es uno de los protagonistas principales del drama. Satanás no ha podido impedir con su muerte la difusión del mensaje. Al contrario, ha sido ésta, junto con la resurrección, el acontecimiento que ha puesto en marcha el proyecto definitivo de Dios.

Es decir, que la muerte, por la fuerza del Espíritu, se ha convertido en misterio de salvación. Finalmente, se dirá que el mundo ha sido juzgado. La palabra juzgar en este caso equivale a condenar o derrotar. El Paráclito testifica que el príncipe de este mundo, el que se opuso a Jesús, ha sido definitivamente vencido⁷.

⁴ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Op.cit*

⁵ JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

⁶ Tenemos que considerar que «sólo después de la exaltación de Jesús será posible comprender el misterio de su persona. Pero este momento resulta especialmente denso porque la marcha de Jesús representa la venida del Espíritu. Y con el Espíritu viene la fe, es decir, esta peculiar interpretación de la persona de Jesús que da sentido y plenitud a la propia vida» (JOSEP-ORIOL TUÑÍ VANCELLS, sj. *Jesús*, 57).

⁷ Cfr. SECUNDINO CASTRO SÁNCHEZ, OCD. *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao 2001